



La respuesta, al final

Màxim Rosés Sitges. Barcelona. 15 años

Màxim vive en Barcelona y cursa 1º de Bachillerato Humanístico en el Real Monasterio de Santa Isabel. Empezó a escribir historias en 2º de ESO desde su puesto de redactor en *Meganews*, la revista del colegio. Luego, llegaron los cuentos y algunos premios y menciones. Le gustan mucho los animales, leer, escribir y viajar, además está hecho un verdadero gastrónomo y posee un gran sentido del humor. En un futuro se imagina estudiando Historia o Periodismo o ambas cosas, rodeado de su perro y su gato, leyendo y escribiendo sin parar, excepto para comer algo; si es un buen entrecot, mejor.

La respuesta, al final

Màxim Rosés Sitges

Era una pregunta que empezaba a ponerme nervioso, casi todas las semanas había alguien que me la hacía:

—¿A qué te vas a dedicar?

Y eso era un martirio, porque no tenía ni idea. Ya me había pasado la época en la que quería ser astronauta, descubridor de tumbas malditas o, incluso, mi último gran proyecto: agente secreto de la «Guía Michelin», idea que surgió después de una sobremesa con mi tío, un gran tragón, que habló de este trabajo como de lo mejor que le podía pasar a un ser humano. Durante un tiempo pensé que sería una maravilla entrar en los mejores restaurantes, pedir los más deliciosos platos sin pagar y, encima, ponerles nota.

—Sus macarrones estaban muy sosos, voy a suspenderle, porque aunque usted no lo sabía, yo soy un «agente Michelin».

O: —Soy un «agente Michelin», le daré un diez por su tortilla de patatas.

Imaginaba la cara de los camareros, encantados o a punto de llorar, según lo que mi paladar decidiese, y a mí enseñándoles una especie de placa de policía, pero en agente de comilonas. Me parecía perfecto, pero la verdad es que ni me atreví a ponerlo en los tests del «cole», porque, eso sí, en el «cole» también salía la pregunta muy a menudo últimamente. Los amigos también me dijeron que ese era un oficio muy raro y que, seguramente, pasaba de padres a hijos o entre amigos. Demasiada ganga y, encima, cobrando.

Mis amigos no lo tenían muy claro tampoco. Sólo Juan quería ser mecánico de aviones como su padre y Enrique pensaba en hacerse militar porque tenía un antepasado que

fue un héroe en una guerra antigua. Pero ¿qué iba a hacer yo? Entonces se me ocurrió que lo mejor era ver varios oficios desde cerca y decidir. Lo hablé con algunos de mi clase y lo comenté en casa.

—Habla con el primo Eduardo —me dijo mi padre—. Ya sabes que es un ejecutivo importante. Gana mucho dinero, tiene un gran cargo y vive muy bien.

Mamá asentía con la cabeza, así que pensé que sería una buena idea y llamé al primo Eduardo. Me dijo que podía ir a su despacho, pero que teníamos que concretar día y hora porque estaba siempre muy ocupado y tenía muchas reuniones. Por fin encontramos un momento que nos iba bien a los dos.

Llegué y me recibió su secretaria: eso era bueno, tenías una persona en la puerta que sonreía a las visitas y, seguramente, no dejaba entrar a los pesados. Luego salió Eduardo, como siempre muy bien vestido y me dio la mano, no como en casa que me arreaba una colleja y un beso.

—Pablo, pasa, ¡qué alegría verte aquí!

Su despacho era grande, destacaba casi como un trono, su sillón negro. Yo me senté en una silla frente a él. Le conté mis penas, pronto tendría que decidir el camino a tomar en la vida y no tenía ni idea, él era un triunfador, a lo mejor me gustaría tener un trabajo como el suyo. El primo Eduardo empezó a hablar de lo que hacía: que si supervisión, que si rendimiento, que si objetivos... Las cosas no me quedaban nada claras.

—Pero ¿todo eso desde aquí? ¿No sales?

Sí, salía para ver a otros hombres de negocios como él, se hablaba, sobre todo, de dinero; por lo visto en esas reuniones corrían los millones como si nada. Luego estaban los obreros, tenía que velar por el rendimiento del negocio: si un trabajador no era bueno, se le mandaba a la calle.

—Eso sí —me dijo—, hay que ser duro. Los negocios no admiten un corazón blando o se te engullen.

Empezaba a pensar que mi corazón no era lo suficientemente duro. Después de la charla, el primo Eduardo me llevó a su casa en su coche. Un coche nuevo, grande y negro. En su casa me preguntó si tenía hambre y me ofreció yogur y barras de muesli, no comía apenas otra cosa.

—Tengo muy poco tiempo para comer y también para hacer ejercicio, así que, mira lo que he comprado.

Tenía uno de esos aparatos para hacer ver que subes escaleras sin moverte del salón y una cinta andadora al lado.

—¿Por qué no vuelves del trabajo a pie y subes las escaleras de casa? —Le pregunté.

—¡No tengo tiempo, no tengo tiempo! —Respondió.

Cuando salí de casa del primo Eduardo sabía que no quería ser un hombre de negocios. A mí me gusta comer, pasear y tener tiempo, aunque sea poco, para perder en tonterías de las que te alegran la vida. Además, Eduardo tenía unos ticks en los ojos que me preocuparon y, encima, seguramente tenía ya el corazón duro. Una opción menos en los tests del «cole»: hombre de negocios importante.

Al cabo de unos días, tomando un zumo en el bar de Alicia, vi lo bien que se lo pasaba charlando con los clientes y sirviendo cafés. Alicia era amiga de mi madre y muchas

veces entrábamos allí a tomar una coca-cola. Nunca me había dado cuenta, pero tener un bar parecía muy entretenido y, al menos un poco, se parecía a mi primera idea de «agente Michelin», sólo que era yo mismo el que tendría que vigilar la calidad de mis pastas para que nunca me pusieran una mala nota.

—Alicia, ¿puedo bajar a ayudarte algún día?

Yo creo que mamá y Alicia se pusieron de acuerdo y ella enseguida me dijo que sí. La primera mañana que no tuve «cole», allí estaba yo, eso sí, ¡a las siete de la mañana!

—Es muy temprano...

—A esta hora llega el repartidor de los bollos, hay que estar a punto. Y, no te creas, ya empiezan los clientes. —Me respondió ella.

Me moría de sueño, pero me fui espabilando. Entraban señores y me pedían café con leche o zumos de naranja. En un momento, aprendí a usar la cafetera y todo me parecía muy bien.

—Alicia, creo que éste es el trabajo que necesito. —Le dije.

Ella sonrió, pero me pareció que no terminaba de creerlo. Todo iba bien cuando, de repente, empezó a entrar muchísima gente.

—Un cortado, corto de café.

—Dos cafés con leche, uno en vaso, el otro con leche descremada. ¡Ah! Y dos cruasanes.

—Un zumo de naranja y un café solo.

—Un bocadillo de tortilla y una cerveza, ¡rapidito!

Ahí me desconcerté. Todas las mesas estaban llenas, como si a todo el mundo lo hubiesen soltado de golpe dentro del bar, y me habían pedido un montón de cosas diferentes, nadie quería lo mismo. Alicia, sin dejar de trabajar, me miraba por el rabillo del ojo. La barra estaba a tope de gente hambrienta.

—Chico, ese bocadillo, ¿viene o no?

—¡Hace una hora que he pedido un café con leche descafeinado!

—No te he pedido un cortado, quería un café!

Dios mío, eso era terrible, me acerqué a Alicia y le pregunté si iba a durar mucho rato.

—Hasta las once, hijo. Y luego nos ponemos con las comidas, a la una esto empieza a llenarse otra vez.

Hice lo que pude, esa es la verdad. Se me cayó la bandeja dos o tres veces, me quemé con la cafetera en un dedo y tiré todas las magdalenas al suelo. Era pronto para desanimarme, pero empecé a pensar que quizá hubiese mejores trabajos para mí, que soy un chico tranquilo. Alicia, cuando la cosa se calmó, me sirvió un zumo de naranja y me dijo:

—Estudia, Pablo, estudia mucho. Y, mientras, ve pensando, siempre estás a tiempo de poner un negocio como este. A mí me gusta, pero ya has visto que no te regalan nada, se trabaja duro.

Después de mi experiencia en el bar me tomé unos días de reposo con el tema este. Hasta durmiendo me parecía oír

gritos sobre bocadillos rápidos y cafés descafeinados, pero claro, no tardó en aparecer Pilar, mi madrina, que un domingo en casa, volvió a la carga de siempre:

—¿Y al final Pablo, ¿qué piensas estudiar?

Pilar era enfermera de noche en las urgencias de un hospital. Me estuvo hablando de la medicina.

—Ven una noche conmigo. Te quedas en la sala de espera y ves el ambiente. Allí hay de todo. Pasamos noches muy tranquilas, pero hay otras tremendas. Si hay ocasión, te presentaré a algún médico y ves mi trabajo, los enfermeros tienen ahora mucho futuro.

No se me había ni ocurrido, pero la verdad es que me gustaban las series de hospitales de la tele. A la que no vi animada es a mamá.

—A Pablo no le veo yo de médico ni de enfermero, —dijo— ni empujando una camilla, ya ves.

Pero le cogí la palabra a la madrina y, una noche, a las nueve, entré con ella en urgencias. No había nadie, me presentó a sus compañeros y el ambiente me pareció muy agradable.

—No es como en la tele. —Le dije.

—Bueno, no, no se parece mucho, pero es que además este es un hospital pequeño, aquí no tenemos esas cantidades de gente, pero no te confíes, hay días terribles.

Me ofrecieron un chocolate caliente de máquina y me estuvieron contando casos muy interesantes: un señor que había ingresado el día antes, lleno de magulladuras, se

había caído de un cuarto piso y se salvó por caer sobre un tendedero, pero lo mejor es que el señor estaba intentando salvar a un gato que maullaba en una ventana de al lado. Cuando el pobre hombre ya estaba «tendido» como una camisa de cuadros, el gato se marchó tan tranquilo, saltando por los balcones. Nos reímos mucho. Otra señora había metido la mano en un tarro de mermelada, (para chuparse los dedos, claro) y no había podido sacarla. Como tenía miedo de pincharse con los cristales, no se atrevía a romper el frasco y allá que se fue al hospital con la mano metida en el bote, y el bote dentro del bolso para que nadie se diese cuenta. Tuvieron que ayudarla a sacar el monedero y pagar al taxista que la llevó. Otra panzada de reír. Pero al momento se escuchó un coche que paraba en la entrada y todos se movilizaron.

—Un accidente de tráfico. Traen a un motorista y a su acompañante.

Cuando me di cuenta, no había nadie conmigo, todos corrían, me acerqué a la puerta y... Cuando me desperté, estaba tumbado en una camilla, una enfermera de las que habían estado contando cosas, se me acercó.

—¡Pues no eres tú delicado!

—¿Qué ha pasado? —Le pregunté.

—Has visto pasar a un chico con un poco de sangre en la frente y te has caído redondo. —Riendo, salió de mi habitación de cortinas.

La verdad es que estaba muy aturdido, pero aún así, pensé que era la primera vez que veía una herida grande tan de cerca, que eso no quería decir que no pudiese ser un buen enfermero. Despacito, volví a salir y vi entrar a Pilar

en otro de esos cuartitos, me asomé y... Cuando volví a despertarme, Pilar estaba conmigo.

—Venga, Pablo, te acompaño a casa. Tiro la toalla, dos desmayos seguidos ya son demasiado en una noche tranquila.

Parece ser que en ese cuartito estaba el otro motorista, a quien curaban la pierna herida. Volví a ver sangre y... nada, que no lo resistía. Lo que me gustaba de ese trabajo era lo de enterarme de las historias del señor del gato o la señora de la mermelada, pero coser heridas o recomponer huesos, mira, solo de pensarlo, noto como me flaquean las piernas otra vez.

Mi padre le quitó importancia, a él tampoco le gustaba nada la sangre y me dijo que eso era muy natural, que no me preocupase. Que no tuviese prisa por lo de pensar en mi futuro, pero... ¡que no lo dejase para última hora!

Le expliqué la historia del hospital a mi tío abuelo Ramón, el tragón del que ya he hablado, el que me inspiró mi primera idea de ser «agente de la Guía Michelin».

—Vente al taller. A lo mejor te gusta ser carpintero como yo. Mira, no me he hecho rico, pero vivo muy ricamente. —Y se echó a reír.

El tío Ramón tiene muy buen carácter, todo el mundo le quiere y tiene muchos amigos. Tiene un taller muy antiguo y sabe hacer de todo. Le dije que bueno y, cuando se lo conté a mi abuela, me advirtió:

—Pero no te fies demasiado de lo que te diga, para él todo es bonito y todo el mundo es bueno, ya sabes como es.

Eran hermanos, pero mi abuela era más sensata, según decía ella misma.

Cuando iba hacia el taller, vi a mi tío esperándome en la esquina, parecía muy contento.

—¡No sabes la alegría que me da que quieras probar mi oficio! —Me dijo.

Abrimos juntos el portalón pintado de verde, con un cartel encima donde ponía «Ebanistería» y, una vez dentro, me enseñó las máquinas y las herramientas. Había mucha cosa que aprender. Tenía una mesa a medio terminar, sillas, sillones... Todo muy bonito, muy trabajado.

—Estos muebles ya casi no se venden, —me dijo— porque hay que cobrarlos muy caros. Tienen muchas horas de trabajo. Ahora la gente compra esas bolsas de leña prefabricada que no valen nada. Mira esta mesita. —Y me enseñó una mesa de salón que tenía acabada en un rincón del taller. Era preciosa, con sus patas curvadas, sus adornos...

—A punto para entregar ¿qué te parece?

Se sentía orgulloso, no puedo negarlo y tenía razones para hacerlo. Pensé que no solo tenía muchas horas, también había puesto amor en su trabajo y se notaba. Abrió la puerta de atrás, que daba a un patio y el taller se llenó de luz. En el patio había un limonero y macetas con flores, hasta a mí se me llenó el corazón de felicidad.

—Ya ves, en medio de la ciudad y mira qué tranquilo.

Me enseñó el nombre y la utilidad de varias herramientas y enseguida dijo:

—¡Uy, hay que desayunar!

Con él nunca se perdía el tiempo en cuestiones de comida. Nos tomamos un bocadillo y un vaso de leche en un bar

cercano. Al entrar, todo el mundo lo saludaba como si fuese un personaje importante. Nos invitaron a café y otros obreros que entraban le gastaban bromas. Él tenía un chiste para cada uno. Al volver al taller, se puso a cepillar unas patas de silla y, mientras, me dijo:

—Mira, en mi época no era muy fácil estudiar, así que mi padre me puso de aprendiz en la fábrica donde él trabajaba. Yo, cada día, para ir allí, pasaba, muy temprano, por esta calle y cada día me llamaba la atención esta puerta verde, siempre tan limpia y bien barrida, con sus macetas a cada lado, el cartel, el felpudo que parecía siempre nuevo... ¡Ya ves tú lo que son las cosas! Cada día pensaba que el ebanista que trabajaba aquí debía ser un hombre muy afortunado y un día, me dormí. Llegaba tarde al trabajo y pasé por aquí casi una hora más tarde que los otros días. Cuando miré la puerta, como siempre, se abrió y salió la chica más guapa que había visto en mi vida. Ella se puso a barrer la entrada y yo me quedé pasmado delante de ella como un tonto: era tu tía Fina, claro. La pobre se metió dentro enseguida, pensando que yo era un loco y sí, me había vuelto loco por ella. ¡Ya sabía yo que la puerta verde tenía algo especial! Al día siguiente, a las siete de la mañana, me presenté aquí a pedir trabajo. ¡Le dije al padre de Fina que la ilusión de mi vida era ser carpintero, cuando la verdad es que nunca había visto ni una gubia!

El tío Ramón se rió satisfecho y siguió:

—Luego, ya ves... A ella también le gustó el tonto del aprendiz y toda la vida juntos y tan felices. Nunca me he arrepentido de haber cambiado de oficio y nunca he pintado la puerta de otro color.

No había aprendido nada de carpintería, pero me sentía conmovido y pensé que eso era lo que debía hacer: mi corazón me guiaría mejor que la cabeza.

—Pero tienes que venir, mi padre te espera, ¡ya sabes cómo es y lo ocupado que está!

Yo me había dado una tregua, había decidido no pensar en mi futuro en unos meses, pero era verdad, José Mari, el hijo del pastelero me había conseguido una cita con su padre, un hombre casi famoso, dueño de varias de las mejores pastelerías de la ciudad. Don José María era un hombre muy amable, cuando éramos más pequeños traía siempre sus famosos bizcochos de chocolate el día de la patrona del colegio y nos gastaba muchas bromas. Ahora no era difícil verlo en televisión o en los periódicos, junto a gente importante, pero no había cambiado. A mí, en cuanto me veía, me removía el pelo y me decía:

—Pablito, deja ya de crecer ¿no ves que casi no llego a darte una colleja?

Así que me fui al obrador de la pastelería con José Mari, decidido a que esa era mi última prueba. Si no salía nada positivo de esto, lo dejaba y me concedía unas vacaciones por una buena temporada hasta que, de repente, alguna cosa rara me inspirase o eso o lo que decía mi abuela:

—Hazte funcionario. —Que no sé exactamente lo que es, pero que a ella le parece lo mejor del mundo.

El obrador de la pastelería era un sitio limpio y reluciente, a la hora en que fuimos no se trabajaba y el padre de mi amigo nos esperaba con una bandeja de su famoso bizcocho sobre la mesa.

—Verás, Pablo, es un trabajo duro. He pasado casi todas las noches de mi vida encerrado aquí. Y no creas que empezarás fabricando maravillosas tartas. Al principio te pasarás el día limpiando y limpiando todo lo que los maestros pas-

teleros ensucien. Luego debes aprender las medidas y los tiempos de cocción, ¡la pastelería es una ciencia exacta!

Sólo habíamos empezado y ya me estaba desanimando, pero, al primer bocado de pastel, me confesó, mirando a todas partes por si alguien escuchaba:

—Pero yo tuve suerte, a veces las cosas suceden de la manera más inesperada y hoy tengo todas estas pastelerías gracias a... ¡una tormenta!

José Mari, a pesar de lo que había escuchado ya más veces, arrimó, como yo, su silla a la mesa, como para acercarnos más al secreto que estábamos escuchando.

—Mira, una tarde de mal tiempo, cuando era más o menos de vuestra edad, escuché golpes en la ventana de la cocina de casa. Aparté la cortina y vi a un vagabundo que golpeaba los cristales con su bastón. Me gritó: chico, estoy empaado, dame un vaso de leche caliente. Yo estaba solo y mi madre no me permitía abrir a nadie, pero tuve pena de aquel hombre mayor tan mojado y lo dejé entrar. Le serví la leche en la cocina y el anciano recobró el color. «Parece que te aburres, claro, esta lluvia no te deja salir a jugar... Verás, has sido amable conmigo y puedo enseñarte algo que te convertirá en la envidia de todos, ¿qué te parece?»

Yo estaba un poco asustado, pero dije que sí. El vagabundo miró por toda la cocina y empezó a revolver por todas partes. En un momento tenía en la mesa todos los botes: harina, azúcar, levadura... Y se puso a trabajar con una movilidad extraordinaria. Me dijo muy serio: «Recuerda bien esta fórmula, no voy a repetírtela. Las cantidades deben ser exactas o el resultado no será el que debe ser». Por suerte tengo buena memoria y he conservado perfectamente en mi mente todos los pasos para fabricar el más

delicioso bizcocho que nadie haya probado nunca. Al sacarlo del horno me dijo: «Este es mi regalo, te permitirá vivir bien, pero no lo divulgues, ha sido un premio por tu hospitalidad. Algún día podrás pasar la fórmula a alguien que lo merezca, como hoy lo has merecido tú». Al marcharse sonrió por única vez y me dijo: «¿Ves? Ha sido la manera de pasar una tarde aburrida».

Pronto abrí mi primera pastelería y luego todas las otras, tengo amigos importantes y todo eso, pero nunca he negado cobijo a nadie y he intentado ser, ante todo, un buen hombre.

Se levantó y, sonriendo, nos preguntó:

—¿Quién creéis que era? ¿Un mago o algo así?

Salí de la pastelería encantado, con un buen sabor de boca tanto por la historia como por el pastel. José Mari me dijo:

—Nunca he sabido si eso es verdad o no, supongo que es una broma de mi padre.

Llegué a casa desconcertado. ¡Había probado tantas cosas ya! Las tenía anotadas en un cuaderno que abrí para apuntar mi última experiencia. Cuando terminé lo releí todo y me gustó. De todo había salido algo bueno, alguna historia para retener, pensar o reír. Pasando las páginas me di cuenta de algo: ¡eso era lo que me gustaba! Me gustaban las historias de la gente, me gustaba escribirlas, ponerles detalles, hacerlas más bonitas... Mi primo sin tiempo, el bar que se llenaba de gente de repente, las historias de un hospital mientras me desmayo más que los pacientes, mi tío el carpintero enamorado, el mago que enseña recetas de tartas... Mi corazón me estaba hablando más fuerte que nunca. Ya

no pensaba ni siquiera en ser «agente Michelin», lo que yo quería era ser cuentista. Al día siguiente se lo dije claro a la tutora de mi clase y a mi familia:

—Voy a ser cuentista.

Todos se sorprendieron y lo tomaron bien, menos la abuela, que, mirándome con ironía, me soltó:

—¡Eso lo has sido siempre!